

13

La humanidad

Cómo muchas especies de humanos primitivos se adaptaron a las condiciones de la Edad de Hielo, aprendieron a hacer fuego y a cocinar a medida que se expandían por el continente africano, Europa y Asia.

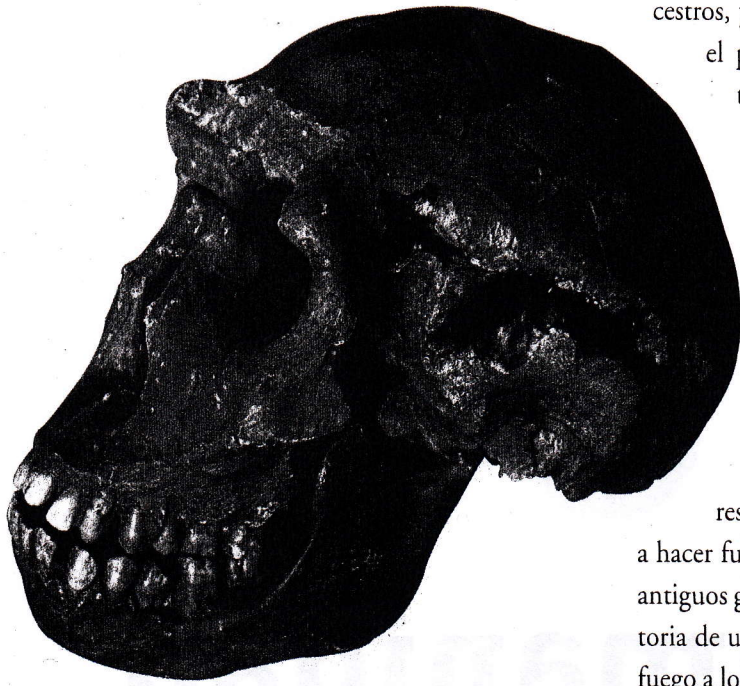
LA MAYORÍA DE LA POBLACIÓN

africana actual es muy pobre y sufre terriblemente como consecuencia de las enfermedades, el hambre y la guerra. Seguro que piensas que son razones suficientes para escapar de allí, y de hecho así ocurre. Miles de africanos intentan dejar el continente cada año, muchos de ellos a través del estrecho de Gibraltar, para así llegar a Europa (véase página 430). La historia se repite.

Hace unos dos millones de años, el *Homo habilis* había evolucionado hasta dar lugar a una nueva especie de homínido, el *Homo erectus*, cuyo aspecto era mucho más parecido al nuestro. Durante mucho tiempo, los expertos creyeron que los ancestros de los humanos modernos se habrían originado en China, quizá en Java, porque es allí donde se encon-

traron por primera vez los restos de un *Homo erectus*, fechado en unos 500.000 años. Hoy, gracias al descubrimiento de un chico de diez años que encontró misteriosamente la muerte en las proximidades del lago Turkana (Kenia) hace unos 1,8 millones de años, sabemos que el primer *erectus* apareció en África, aproximadamente al mismo tiempo que se produjo la extinción del *Homo habilis*.

El «muchacho de Turkana» fue descubierto en 1984 por un equipo de paleontólogos liderados por el británico Richard Leakey, quien describió el suceso del siguiente modo: «Estos restos han sacado a la luz a una especie a punto de convertirse en humana. Todos los seres humanos de la Tierra tenemos algo en común. Compartimos un único ancestro africano, el mismo que este muchacho».



Molde del cráneo fosilizado del muchacho de Turkana, encontrado en 1984. Su descubrimiento demuestra que el *Homo erectus* tuvo su origen en África hace unos 1,8 millones de años y que posteriormente emigró a Europa y Asia.

El muchacho de Turkana sería en vida un chico sudoroso de piel negra. Su especie, el *Homo erectus*, había perdido el pelo corporal, ya que el abrasador calor africano lo hacía innecesario. La piel oscura y las glándulas sudoríparas les ayudaban a sobrevivir en las áridas planicies de África. Al igual que nosotros, el muchacho de Turkana tendría pelo en la cabeza a modo de sombrero natural que protegería a aquellos primitivos bípedos de los rayos ultravioletas solares.

El muchacho tenía una nariz larga y protuberante, a diferencia de sus ancestros los *habilis*, una característica de nuevo muy útil para mantener la sangre fresca. Su pelvis prueba que caminaba aún más erguido y su cráneo era también mayor: 1.100 centímetros cúbicos, casi el doble que el del *habilis*. Los cerebros más grandes necesitan también más alimento. A diferencia de sus ancestros, que a menudo servían de presa a algún guepardo o algún león, el *erectus* fue el primer homínido que fabricó lanzas, de modo que en la lucha con los animales salvajes casi siempre salía vencedor.

El *Homo erectus* contaba con toda una serie de ventajas respecto a cualquier criatura viva de aquel tiempo: sus manos, su cerebro y, quizá lo más importante de todo, el control del fuego. Ese control les ayudaría a ahuyentar a aquellos animales que en el pasado habían dificultado la existencia de sus an-

cestros, y asimismo convirtió al *Homo erectus* en el primer cocinero de la historia. Mucho tiempo antes de su extinción, hace unos 70.000 años, aquellos *erectus* se habían percatado de que la comida cocinada les proporcionaba energía de modo mucho más rápido que la carne cruda. Además, aceleraba su digestión. Se han localizado restos de hogueras de hace 1,5 millones de años tanto en África como en Asia (el fuego hecho por el hombre magnetiza el suelo y deja restos de astillas). ¿Quién enseñó al hombre a hacer fuego? ¿Cómo aprendió a controlarlo? Los antiguos griegos tenían un mito que contaba la historia de un titán llamado Prometeo, quien robó el fuego a los dioses y lo llevó a la Tierra escondido en un tallo de hinojo. Pagó muy caro su crimen. Cuando el rey de los dioses, Zeus, descubrió lo que había ocurrido, ató a Prometeo a una roca. Cada día un águila le picotearía el hígado, y cada noche el hígado volvería a crecer de modo que el águila pudiera seguir picoteándolo durante toda la eternidad. Zeus también se vengó del hombre por haber aprendido a utilizar el fuego. Envío a la Tierra una caja junto a una bella muchacha llamada Pandora, a quien se le advirtió que nunca la abriera. Rendida a la tentación, levantó la tapa, y el sufrimiento y la desesperanza cayeron sobre la humanidad por los siglos de los siglos.

El registro fósil nos dice que el *Homo erectus* dominó el arte de hacer fuego utilizando para ello piedras. Se han documentado fragmentos de sílex quemado en varios campamentos ubicados en el norte de Israel y fechados en 500.000 años.

El *Homo erectus* vivía en grupos de aproximadamente cien individuos; cazaban juntos con sílex afilados, iban a cualquier parte que les llevara el olor de la sangre en busca de animales salvajes con los que alimentarse. Sus útiles eran sin duda más sofisticados que los fabricados por los *habilis*. La diferencia más notable radicaba en que las hachas estaban trabajadas por ambos lados de la hoja. Estos útiles bifaciales presentan bordes cortantes hasta cuatro veces más grandes que los de la tecnología precedente, y son ideales para cortar leña, desenterrar raíces y descuartizar y despellejar animales.



¿Podía el *Homo erectus* hablar? Los científicos creen que los huesos del muchacho de Turkana sugieren que no, ya que los conductos nerviosos de sus vértebras no eran lo suficientemente grandes como para contener los complejos sistemas precisos para controlar la respiración, algo imprescindible a la hora de hablar. Quizá desarrolló algún tipo de lengua de signos, o quizá algo similar a los gruñidos de los adolescentes de hoy en día, un equivalente verbal a los actuales mensajes de texto por móvil. Con sus útiles portátiles, la protección de sus comunidades y la magia del fuego, aquellos individuos estaban listos para partir hacia cualquier lugar donde pudieran encontrar alimento. El *Homo erectus* fue la primera especie de homínido que se embarcó en un viaje exploratorio fuera de África —los primeros emigrantes de la humanidad, los antiguos Marco Polo africanos.¹

La distribución de las placas continentales era por aquel entonces muy similar a la que hoy conocemos, por tanto era posible, como lo es ahora, viajar por tierra desde África a través del Próximo Oriente hasta el sur de Asia, India y China. ¿Realmente fue el hombre de la Edad de Piedra capaz de tal aven-

tura sin contar con carreteras y, mucho menos, con coches, barcos o aviones? A diferencia de muchos de nosotros, aquellos *erectus* tenían una gran ventaja, y es que no tenían prisa. La Colina de los Huesos de Dragón se ubica en la costa este de China. En 1927 se encontraron allí los fósiles de unos cuarenta *Homo erectus* fechados en torno a 400.000 años. Por desgracia, esos huesos hoy están en paradero desconocido, ya que fueron escondidos inmediatamente antes de la segunda guerra mundial con el fin de preservarlos. En el año 1941 fueron enviados a Estados Unidos hasta que terminara la guerra, pero, a pesar de que se han buscado concienzudamente, nunca nadie los ha vuelto a ver. Una de las teorías posibles es que se hundieran en el barco japonés *Awa Maru*, en 1945.

El *Homo erectus* vivía una media de treinta años. Si calculamos una velocidad, cómoda por otra parte, de unos 16 kilómetros al año, les habría llevado 600 años recorrer los 6.000 kilómetros que separan África de China, lo que suman treinta generaciones. Los primeros fósiles de *Homo erectus* se encontraron en África, fechados en 1,8 millones de años, y como los restos de la Colina de los Huesos de Dragón no

Estas hachas de mano datan de hace unos 400.000 años y demuestran que el hombre había adquirido la habilidad de fabricar útiles líticos para cortar y despellejar a sus víctimas de un modo más sencillo.

Enterramiento de un neandertal fechado hace 60.000 años y localizado en las proximidades del Monte Carmelo en Israel. Se han encontrado yacimientos muy similares tanto en Europa como en Oriente Medio.

tienen más de 400.000 años de antigüedad, podemos concluir que aquellas poblaciones tuvieron tiempo de sobra para hacer el viaje. De hecho podrían haber avanzado y retrocedido docenas de veces.

Los homínidos primitivos han habitado África, Europa y Asia desde los tiempos del *Homo erectus*. La primera prueba de homínidos en Gran Bretaña data de hace 700.000 años; se trata del hombre de Boxgrove, un cráneo hallado en Sussex, perteneciente a un descendiente del *Homo erectus* conocido como el *Homo heidelbergensis* y que se fecha en 500.000 años. ¿Acaso construyeron una balsa? ¿Quizá cruzaron cuando el nivel del mar estaba bajo? ¿O simplemente caminaron a través de Gran Bretaña cuando no existía el Canal de la Mancha? Cualquiera de las hipótesis es factible.

Para cuando el *Homo erectus* llegó a Asia, el clima se había recrudecido, ya que el comienzo de una ola de frío provocó que los glaciares avanzaran hacia los continentes. Para el *Homo erectus*, que había viajado a lo largo y ancho del planeta, tales con-

diciones climatológicas suponían un gran problema. Ni siquiera el milagro del fuego era suficiente para asegurarles la supervivencia en un ambiente gélido que se prolongaba en ocasiones durante miles de años en buena parte de los continentes de Europa y Asia. La naturaleza dio con su propia respuesta: los neandertales.

En 1857, los trabajadores de una cantera próxima a Düsseldorf, al norte de Alemania, dieron con unos huesos que parecían humanos en el valle de Neander. Aquel descubrimiento puso por primera vez en alerta a los naturalistas sobre la posibilidad de que hubieran existido varias especies de homínido anteriores a la nuestra, el *Homo sapiens*, y de que aquel homínido descendiera casi con total seguridad de los simios (lo que no sabían era que genéticamente los humanos son, de hecho, una rama de la familia de los simios).

Desde entonces se han encontrado un buen número de huesos de neandertales. El más antiguo se remonta a hace 350.000 años, lo que quiere decir



que varias especies de homínido debieron de haber coexistido durante un largo período de tiempo —al menos hasta hace unos 70.000 años, cuando los *erectus* desaparecieron como resultado, muy posiblemente, de los cambios climáticos, así como de la llegada de una especie más poderosa, nosotros, el *Homo sapiens* (véase página 97). Los expertos consideran que durante aquel tiempo existirían al menos cinco especies diferentes de homínido en el planeta: el *Homo erectus*, el *Homo ergaster* (la rama africana del *erectus*), el *Homo heidelbergensis* y el *Homo rhodesiensis*. Posiblemente habría más, y los científicos aún no están seguros de si alguna de éstas son más bien subespecies y no especies diferentes. ¿Combatieron entre ellos? ¿Convivieron o habitaban sus propias comunidades? ¿Se reprodujeron entre ellos? ¿Podían hablar?

Aún hoy pervive el desacuerdo y la confusión en torno a todas estas cuestiones. Lo que sí parece estar claro es que el *Homo erectus* salió de África hace unos 1,7 millones de años, que diferentes especies de homínido evolucionaron en distintas partes del mundo, y que las diferencias geográficas y climáticas provocaron una serie de cambios evolutivos, quizá pequeños, pero muy significativos.

La estadística dice que estas especies no se mezclarían, ya que por aquel tiempo había muy pocos humanos— quizá un millón repartido por los continentes de Europa y Asia, donde hoy viven más de 4.000 millones de personas.

Los neandertales aparecieron en Asia hace unos 350.000 años, y después se expandieron hacia el norte y el oeste en dirección a Europa, a partir de que el clima lo hizo posible; llegaron incluso hasta Gran Bretaña, ya que allí, concretamente en Kents Cavern, se han encontrado los restos de una mandíbula que se remonta a una fecha relativamente reciente, los 35.000 años.

Estos neandertales han tenido bastante mala prensa. Llamar a alguien «neandertal» da a entender que esa persona tiene una constitución gruesa, que está pasado de moda o que es un tanto bruto. Los dibujos habituales de los neandertales los presentaban más parecidos a los simios que a los humanos; solían aparecer encorvados, con la rodillas también corvadas...

Pero esto es un error. El cerebro de los neandertales tenía el mismo tamaño que el del ser humano moderno, quizá era incluso mayor. Caminaban erguidos, igual que nosotros, aunque es cierto que eran algo más bajos de estatura y más peludos, pero también más fuertes. Su nariz era ancha y su frente prominente. Todas estas adaptaciones les ayudaban a conservar el calor en la Edad de Hielo.

Por otro lado, los neandertales eran extremadamente hábiles en la fabricación y el manejo de distintos útiles. El registro arqueológico ha puesto de manifiesto que sus manos eran al menos tan diestras como las nuestras.² El yacimiento más famoso en el que se han encontrado este tipo de herramientas es el de Le Moustier, en la Dordoña francesa. Allí, en 1909, los arqueólogos dieron con un cráneo completo de neandertal de unos 45.000 años, y junto a los huesos aparecieron cientos de útiles líticos trabajados de modo extremadamente hábil.

Los neandertales utilizaban algunas de las herramientas como armas. Las lanzas no estaban diseñadas para ser armas arrojadas, sino que se usaban para apuñalar o golpear. Ciertos útiles les ayudaban en la tarea de construir refugios —las primeras casas humanas— y fueron asimismo los primeros en enterrar a sus muertos, a menudo junto a adornos que les acompañarían a la otra vida.³ Esto implica la existencia de un entramado de creencias, quizá de religiones, de sociedades muy evolucionadas en las que algunas personas eran consideradas más importantes que otras.

Quizá el descubrimiento más significativo de todos fue el realizado en 1995 por el doctor de origen esloveno Ivan Turk en las proximidades del hogar de un hábitat neandertal. Lo que encontró fue ni más ni menos que un hueso de oso perforado con varios agujeros dispuestos en línea, lo que podría



ser un fragmento del instrumento musical más antiguo conocido: una flauta neandertal.

¿Qué melodías saldrían de aquella flauta? Es difícil de decir, ya que desconocemos su cronología, el número exacto de agujeros. Algunos investigadores creen que posiblemente emitiría lo que hoy consideramos una escala menor.⁴

En 1983 se encontró en una cueva israelí un hueso de neandertal casi idéntico al hioides de los humanos modernos, y que conecta nuestra lengua con la garganta. Esto quiere decir que los neandertales podrían, muy posiblemente, hablar. Asimismo, la fisonomía de las vértebras de los neandertales en lo que respecta a los nervios que controlan la lengua

es muy similar a la de los humanos actuales —a diferencia de Lucy— lo que significa que serían capaces de emitir una importante variedad de sonidos.

La música, las ceremonias, las armas, las herramientas, la habilidad para conversar... son propias de individuos dotados de inteligencia, sistemas culturales y amor a la belleza. Los neandertales seguramente eran grandes y fornidos para hacer frente a la dureza de la vida en las cuevas de la Edad de Hielo, pero nada nos lleva a pensar que fueran más brutos que nosotros. ¿Qué le ocurrió a este pueblo fuerte, inteligente y bien adaptado? Para comprender lo que pasó después, deberemos mirarnos a nosotros mismos en el espejo.